

# recapturar la historia bajo el lenguaje de las nuevas generaciones<sup>1</sup>

*Ricardo Forster* <sup>2</sup>

Buenos días a todos. Hoy estamos aquí para discutir una de las pasiones que nos atraviesan muy intensamente a los argentinos: la pasión política, la pasión emancipatoria, la necesidad imperiosa de ser parte de un momento que, sin exagerar demasiado, podría perfectamente caracterizar como histórico.

A veces, y esto no es menor, tenemos la dicha o la suerte, y también por supuesto la responsabilidad de ser parte de un cierto momento caracterizado por lo que podríamos señalar como un giro, una fisura en la historia. Hay momentos en la vida que uno tiene que saber aprovechar, capturar, estar dentro de ellos; porque no son muchos. En la vida de una persona, ser tocado por alguno de estos acontecimientos es algo formidable.

Recuerdo un viejísimo amigo, un hombre que transitó las vicisitudes de la política, del dolor y de la esperanza, que decía: “Aquellos que no vivieron la luz de octubre (por octubre del '17) no pueden llegar a entender lo que es la sensación de casi tocar el cielo con las manos”. Seguramente, otros dirán que aquellos que no vivieron la luz de un octubre argentino, tampoco tendrán la percepción y la sensación de estar tan cerca de un acontecimiento formidable. Para parte de mi generación, aquella irradiación o aquella luz llevaron el nombre de la Revolución Cubana, o de la Guerra de Vietnam, esa guerra formidable, de un pueblo único contra los imperialismos de su tiempo, el francés primero y el norteamericano después. Pero también, ¿por qué no?, aquel año del '73, un año paradigmático, anunciado por el Cordobazo, por las movilizaciones populares, por los grandes debates de ideas, por las grandes pasiones políticas y también la tragedia.

---

(1)Intervención realizada en la 3ra. Convención de Comisiones Asesoras del IMFC, realizada en Residencias Cooperativas de Turismo (RCT), Chapadmalal, Mar del Plata, los días 17 y 18 de abril de 2010.

(2)Doctor en Filosofía. Director de la “Maestría en Comunicación y Cultura” y Profesor titular de las cátedras “Historia de las ideas” y “Ciencia Política” de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor Distinguido de la Universidad de Maryland, College Park, EE. UU.

---

Para varias generaciones, el Siglo XX fue un siglo de esperanza, de un destino que parecía abrirse en función de las ideas de igualdad, de libertad, de fraternidad, realizando definitivamente aquel sueño de la Revolución Francesa; pero ahora bajo las condiciones de una igualdad generalizada. Sin embargo, también fue el siglo de las grandes frustraciones, de los dolores, de las pérdidas.

Por eso, nosotros, en este nuevo siglo y en la Argentina -que atravesó bajo sus propias condiciones, desde su propio lugar, algo de esas travesías; que tocó la esperanza, que vivió bajo historias mucho más equitativas de las que estamos viviendo ahora; pero que también, en función de esas historias, de esas pasiones por transformar el mundo, conoció la noche dictatorial y la muerte- sabemos lo que es estar situados en un momento histórico donde los desafíos son múltiples, justamente porque se cruzan los fantasmas que nos acarician porque nos permiten recordar a aquello que amamos, a los que amamos y que ya no están, pero también los fantasmas que nos recuerdan nuestras propias pesadillas.

Por eso quizás, en este momento, en este 2010 del Bicentenario, sea más que significativo poder pensar qué nos está pasando, cuál es el acontecimiento, cuáles son las circunstancias que han metabolizado en esta experiencia nacional, pero que también -me apuro a decir- es sorprendentemente latinoamericana. Hay algo que está atravesando nuestra vicisitud, nuestra travesía como país, que quizás como nunca en otro contexto de nuestra historia reciente, se vincula, se entrelaza con otros movimientos políticos, sociales, culturales, económicos, que están desplegándose en países hermanos; de una manera distinta a la del primer centenario e infinitamente distinta a las vicisitudes de los años '60 y '70, pero con algunos contenidos comunes.

Hoy sentimos que el destino de la Argentina se entrelaza, se vincula, se relaciona directamente con lo que está sucediendo, aconteciendo, de una manera extraordinariamente poderosa en otros países de América Latina. A mí a veces me gusta hacer un juego de comparaciones, porque cuando estamos situados en el aquí y ahora, en este instante que parece envolver todo y cargar a todo de su única significación, olvidamos qué nos pasaba antes de ayer, en dónde estábamos algunos años atrás, qué mirada, qué sensibilidad, qué prejuicios, qué perspectivas nos atravesaban, nos irradiaban, determinaban nuestra propia experiencia.

Digo esto porque se habla mucho de los años '90, de la misma manera que hace muy poco pudimos volver a hablar de aquel 24 de marzo del '76; pero así

---

como se habla, muy pocas veces tenemos la oportunidad de penetrar profundamente en esos momentos clave de la historia contemporánea argentina para preguntarnos qué marcas, qué escrituras en nuestros cuerpos individuales, sociales, colectivos, dejaron aquellos momentos. De qué modo hemos, o no, abandonado aquella historia. Hasta dónde todavía somos deudores de la cultura de los '90, del giro neoliberal de los '90. Hasta dónde aquella herida colosal sobre el cuerpo de la emancipación de marzo del '76 y sobre los cuerpos reales de infinidad de compañeros y compañeras siguen, de alguna manera, estando situados en lo que pensamos del mundo e, incluso, en aquello que ni siquiera sabemos que estamos pensando del mundo. Somos deudores, siempre, de otra historia. Y cada época, cada presente, cada día, resignifica, reinterpreta, a partir de sus propias alternativas y de sus propias experiencias, aquellos otros tiempos.

Quiero decir, si algunos de ustedes participaron en el Marzo de este año, quizás sintieron que había algo diferente a otros marzos. Este 24 de marzo en diferentes calles, de diferentes ciudades, en distintas plazas de diferentes ciudades de la Argentina, pareció que decíamos algo diferente a lo que seguramente se dijo en los '80 o en los '90 de aquel marzo del '76. El juego de espejos del presente y el pasado nos ofrecía una imagen que yo me apresuraría a destacar bajo el carácter de un cierto entusiasmo, de una cierta alegría potenciada, de una cierta percepción de algo nuevo que está desplegándose. Lo vimos también en esta última marcha, el jueves pasado, en defensa de la Ley de Medios Audiovisuales<sup>3</sup>.

Parecería que hay algo que se está rompiendo, quizás todavía como una fisura que no termina de ser un quiebre radical de ese muro de absolutismo, de visión totalizadora y de inexorabilidad que venía de los años '90 y que fijaba la idea de una historia concluida. Esa historia dominada por el mercado y por la democracia liberal había expulsado, de una vez y para siempre, de la experiencia de las sociedades, la lógica del conflicto. La Historia se convertía en una pieza de museo. Ya no había conflictos, ya no había otra cosa que discutir que problemas de gestión, de administración y de distribución adecuada de las mercancías y de los cuerpos alrededor de los mercados del mundo. La política, las militancias, las ideas, las tradiciones, las biografías que dieron forma a esas experiencias extraordinarias y complejas de los últimos dos siglos, quedaban simplemente como recuerdo, como pieza de museo o como trabajo de eruditos. Los pueblos, las sociedades se dedicarían a contemplar, como quien entra el fin de semana en un museo, aquellas historias que ya no tenían nada que ver con ellos.

---

(3)Marcha convocada por la Coalición por una Radiodifusión Democrática en apoyo a la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que tuvo lugar el jueves 15 de abril de 2010, entre el Congreso de la Nación y el Palacio de Tribunales, donde sesiona la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

---

Pero de repente, quizás de una manera excepcional o inesperada -sobre todo en este rincón del mundo, en América Latina- con intensidad, con potencia, vuelve a aparecer lo que estaba supuestamente clausurado, lo que estaba olvidado, de lo que ya nadie hablaba. Cuando durante una época con un determinado contexto histórico, domina un discurso monocorde, un discurso que se vuelve homogéneo y hegemónico, se suele expulsar del habla cotidiana aquellas otras palabras que alimentaron, durante otros momentos históricos, nuestra propia reflexión sobre el mundo y sobre la vida. Desde los '80, y sobre todo en los '90, un diccionario entero de palabras y de ideas memorables quedaron ocultos o hablándose en los rincones de nuestras bibliotecas. Hablar de "capitalismo", del "papel del Estado", de "redistribución de la Riqueza", era anacrónico. Es decir, muchas veces, las épocas, las sociedades, del mismo modo que los individuos, construyen un mundo de conceptos para decir sus cosas, para interpretar sus historias, que desplazan otros conceptos y otras palabras, que están allí, guardadas, como esperando de nuevo su oportunidad.

Y si hay algo memorable en la vida de un individuo o en la vida de una sociedad, es que la historia siempre tiene algo de lo inesperado, de lo que nos toma por sorpresa, de aquello que, al conmovernos nuevamente, nos permite leer de otro modo lo que hasta ayer no podíamos ni siquiera leer. Este también es un punto central. Muchas veces sólo vemos aquello que podemos volver a ver porque lo hemos recuperado bajo nuevas condiciones. Historias, palabras, concepciones, que habían quedado como olvidadas.

### **¿Quién lo hubiera imaginado?**

Les propongo que hagamos un esfuerzo y nos traslademos por un instante a los años '90. Imaginemos lo que le sucedía a esta sociedad en los años '90, lo que nos sucedía a nosotros. Qué valores, qué desnutrición de la política, qué pérdida de intensidades dominaban la escena, tanto la interioridad argentina como la experiencia latinoamericana. En aquellos tiempos, los nombres propios de los liderazgos de la región tenían, nada más ni nada menos, como emblemáticas las figuras de Collor de Mello, Menem, Fujimori, Bucaram; personajes que hoy recordamos con cierta vergüenza. Aventureros, comerciantes de pacotilla, hombres que, de alguna manera, comprometían no sólo el patrimonio de su generación, sino el patrimonio de las generaciones por venir. Una América Latina destruida, vaciada, que venía de atravesar y que iba a atravesar las peores dos décadas de toda su historia desde la emancipación en adelante; incluso me atrevería a decir desde los finales de la colonización española. Nunca como en estas últimas décadas -fines de los '80 y '90- América Latina conoció una distribución tan inequitativa de la riqueza. El nivel de desigualdad acumulada en América Latina era inédito

---

a nivel mundial. Incluso se crearon las condiciones de una desigualdad mayor que la africana. Esa clase dominante, esos nombres propios del bochorno, de la vergüenza, de la corrupción, de la despolitización, mancillaron la posibilidad de imaginar que la democracia podía ser la entrada, no solamente al estado de derecho -que era fundamental para proteger la vida-, sino también a la recuperación de los valores de equidad, solidaridad e igualdad. Esos nombres propios dominaron la escena latinoamericana durante más de una década.

Hacer el esfuerzo de ir hacia ese pasado al que, seguramente, ninguno de nosotros desea regresar, sirve para jugar en espejo y poder comparar. ¿Quién hubiera imaginado, de vuelta situados en aquella década, que llegaría a ser presidente de Brasil un obrero metalúrgico, dirigente sindical, portador de un partido de izquierda de los trabajadores? ¿Quién hubiera imaginado que un dirigente campesino, de origen aymara, llegaría a ser el primer presidente de un país como Bolivia, que es, quizás, la metáfora máxima de aquello que la conquista y la colonización dañó en nuestro propio continente? Y, sin embargo, que también es la máxima metáfora de una resistencia sistemática de siglos, que permitió que en un determinado momento se conjugara la memoria más arcaica, más antigua de esos pueblos originarios, con las tradiciones emancipatorias, igualitaristas y libertarias forjadas en los siglos posteriores. Pero no sólo lo de Bolivia fue inesperado; también en uno de los países más dañado, más lastimado de América Latina, como es Paraguay, no hubiéramos imaginado que después de esa larga y bestial dictadura que siguió con gobiernos venales, hoy se hubiese dado la oportunidad de que un ex obispo que forjara una tradición de la teología para la liberación, llegara a ser presidente del país. O que un hombre como Correa, que viene también de la historia y de la tradición de la izquierda cristiana latinoamericana, con una larguísima formación académica y con una idea de sociedad, de país y de continente que traza de vuelta la tradición emancipatoria de matriz bolivariana, sea Presidente de Ecuador. Ni tampoco que un hombre que viene de unas fuerzas armadas tan complejas como las venezolanas, que alguna vez dio un golpe de Estado, hoy aparezca como el que lleva adelante un proceso de transformación también inimaginable en Venezuela. De la misma manera, ¿cómo hubiéramos imaginado que alguien que pasó una parte de su vida en una cárcel terrible, más de 12 años, como dirigente del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, hoy sería presidente del Uruguay?

Asimismo, ¿alguien hubiera intuido el discurso del 25 de mayo del 2003 de Néstor Kirchner, después de una Argentina desolada, fragmentada, vaciada? La Argentina de los '90, del *corralito*, de la destrucción social. La Argentina que estaba mirándose a sí misma sin saber de dónde ni cómo ni hacia dónde. Una Argentina que construyó una cultura en los '90 que arrasó valores, ideas,

---

lenguaje, cotidianeidad. Es decir, también en la experiencia de nuestro país nos encontramos con esa sorpresa, con lo inesperado, con lo que alguna vez caracterizamos como la “anomalía argentina”; pero que también podríamos imaginar como la “anomalía latinoamericana”. Una situación de excepción que nos permite, en parte, situarnos en un nuevo territorio; jugar un partido que parecía que ya estaba terminado.

Por eso, frente a una nueva oportunidad están los desafíos. Y uno de esos desafíos es que para defender esta oportunidad, profundizarla y mejorarla, es fundamental aprender de muchas de las cosas que en otro tiempo, argentino y latinoamericano, nos impidieron realizar aquello que soñábamos que era realizable.

¿Qué quiero decir con esto? Esta debiera ser una época de generosidades políticas. De apertura, de entrecruzamientos, de mezclar lo que antes no se mezclaba. A mí no deja de parecerme entrañable y memorable que la CTA y la CGT puedan marchar juntos, que puedan defender en común los derechos de los trabajadores. El 24 de marzo de 2010 recordaba el 24 de marzo del '76 de una manera extraña cuando vi llegar a la plaza a una gran columna, muy nutrida columna, de la juventud sindical. Yo recordaba aquella otra juventud sindical de los años '70. Como también recordaba, por supuesto, aquello de: “¡Se va a acabar! ¡Se va a acabar la burocracia sindical!”. Quiero decir, cada momento, cada época reinscribe, resignifica, modifica en parte, nuestra propia sensibilidad. Porque la historia no permanece intacta. No es un objeto muerto y vacío que está allí simplemente para que cada tanto la recordemos. La historia la vamos haciendo hacia delante y hacia atrás. Cada época vuelve a ser la historia del pasado. No hay un pasado inmovible. Hoy podemos pensar el Bicentenario, el 25 de mayo de 1810, de una manera completamente distinta a si el Bicentenario hubiera tocado en la década menemista. Imagínense por un instante si en lugar de estar en el año 2010 en este momento -complejo, desafiante, contradictorio, pero intenso y apasionado-, estuviéramos situados a mediados de los '90. ¿Qué discutiríamos? ¿De qué Bicentenario estaríamos hablando, de qué Mayo, de qué emancipación? ¿De qué libertad, de qué lucha anticolonial, de qué proyecto latinoamericano? ¿De qué San Martín, de qué Bolívar, de qué Moreno, de qué Monteagudo? ¿De qué estaríamos hablando? Seguramente, muchos de nosotros estaríamos tratando de construir las escrituras de la resistencia y de la memoria frente al horror disciplinar y homogeneizante de un presente que se tragaba toda esa historia para convertirla en una mercancía más. Pero como sociedad, como pueblo que vuelve a pensarse a sí mismo, es una suerte que hoy estemos situados en este contexto político, social, económico, cultural que nos permite discutir todo de nuevo. Este es un punto también decisivo.

---

Las seguridades ya no existen. Nosotros somos deudores o hijos de una historia que rompió toda garantía. Hoy sabemos que lo único que está garantizado, en parte, es la reproducción de la barbarie a nivel planetario y que, por lo tanto, la responsabilidad de aquellos que queremos una sociedad distinta, un planeta cuidado y una trama más igualitaria de las relaciones humanas es doble, porque vamos contra aquello que está garantizado en la historia. Estamos en el interior de lo inesperado, de la sorpresa, que, a su vez, se vincula con los viejos mandatos del pasado, con las viejas historias; pero que hoy nos plantea nuevos desafíos. Desafíos de otro orden, donde se mezclan cosas que antes no se mezclaban. Y esto es muy bueno en un punto, y también es muy desafiante porque nos lleva a tener que plantearnos nuevamente qué decimos cuando decimos ciertas cosas, por ejemplo, qué decimos cuando decimos “Estado”, o qué significa hoy en la Argentina del 2010 la “cooperación”. Porque cuando cambian las circunstancias de una sociedad, también cambian las posibilidades de que una experiencia, un lenguaje, una tradición se muestre de otra manera.

Hoy estamos en condiciones, si somos inteligentes y no somos dogmáticos, de recuperar aquellos libros que habíamos dejado en los últimos estantes de nuestras bibliotecas. Y cuando digo “recuperar”, digo leerlos bajo las condiciones del presente y con las nuevas escrituras también del presente para salir a discutirle al discurso hegemónico. ¿Recuerdan ese discurso que parecía inexorable, de los economistas del establishment que anunciaban todos los días por cadena nacional que se había acabado la historia porque era la época de la globalidad del mercado consumado? Hoy estamos en otra circunstancia. No sólo por la crisis colosal del propio capitalismo en el 2008, de la que no termina de salir, sino porque las condiciones argentinas, latinoamericanas, nos colocan en un lugar diferente. Nos colocan frente a la posibilidad de discutirnos, de discutir la sociedad, la economía, los actores sociales, la integración continental, la lógica del trabajo. Pero también nos muestran que estamos en una situación en la que podemos -insisto- mirar de otro modo, atravesar de otra manera, penetrar desde otra lógica, aquello que nos está sucediendo como sociedad.

## **Algo comenzó a habilitarse en los últimos años**

Y en esto me gustaría ser enfático. Alguien, como nosotros, que en sus años adolescentes y juveniles tenía una visión de izquierda y veía al peronismo desde cierta distancia, hoy, bajo condiciones anómalas, extrañas, como las nuestras, se encuentra en una situación que le permite vislumbrar lo que antes no vislumbraba. Descubrimos que hay algo en la escena nacional, en la conflictiva escena nacional, que nos permite también jugar con espejos que antes estaban como opacados para pensar mejor nuestra propia historia. Estamos frente a un gobierno -primero el de

---

Néstor Kirchner y ahora el de Cristina Fernández- que, por supuesto, para lo más entrañable y profundo que defendemos, seguramente es un gobierno que apenas si llega a rozar algunas de las cosas que nos parecen fundamentales. Sin embargo, tenemos la sensación de que algo inesperado, memorable comenzó a acontecer en la escena argentina desde el 2003. Algo comenzó a habilitar otras cosas.

En principio, volvió a colocar, primero con timidez y después con mayor intensidad, la dimensión de lo político en la sociedad y, con ella, la dimensión del conflicto. Y esto significa la dimensión de una democracia que no puede ser reducida a un lugar vacío. Porque nos están diciendo permanentemente que el conflicto es dañino para la sociedad, que la democracia es el lugar del consenso, como si fuera una enorme mesa de gerenciamiento empresarial donde los múltiples gerentes se ponen de acuerdo sobre el modo de gestionar el país, mientras la sociedad mira cómo los tecnócratas resuelven los problemas reales de la gente concreta. Ese es el fin de la política: el dominio abstracto del mercado, la destrucción de la posibilidad misma de forjar sociedad, comunidad, intensidad y democracia. La democracia fue en sus orígenes, y sigue siendo, un territorio de conflictividades, en principio, de litigio por la igualdad.

Por otro lado, este gobierno está comenzando a dar una batalla en el campo cultural, del sentido común. El gran triunfo de los años '90 fue producir un sentido común, un modo de ver la vida que se resumía en esas publicidades que mostraban una vejez joven, vacacionando en algún paraíso fiscal del Caribe. Esa imagen, que a su vez rompía los vínculos de solidaridad entre los trabajadores activos y todos aquellos que habían dedicado su vida a producir riqueza, forjó un tipo de cultura, de vida social, de representación del mundo asociada a otras cosas: la dictadura consumista -esa meca del Shopping Center como espacio arquitectónico compartido por aquellos que no comparten nada salvo el momento de gastar-, la destrucción de lo público, la destrucción de los ahorros culturales, económicos y estructurales de los argentinos en nombre de la entrada a ese paraíso primer mundista. Eso dejó una marca muy profunda porque tuvo que ver con un giro cultural civilizatorio, que irradió sobre la Argentina y sobre el mundo, del cual estamos, de a poco, tratando de salir, a través de la recuperación de la memoria.

En este sentido, me parece, por ejemplo, que la reestatización del sistema jubilatorio es una extraordinaria oportunidad para dar una batalla cultural; así como la asignación universal por hijo que inicia una reparación fundamental para los sectores más postergados de la sociedad. Todos nosotros debemos haber escuchado a algún vecino decir: “¿Y por qué yo tengo que mantener a los vagos?”, o “¿Por qué los bolivianos y los paraguayos vienen a atenderse a los hospitales argentinos?” En los '90, ese discurso se metió de cuajo y profunda-

---

mente en la clase media, pero también incluso, en sectores populares. El discurso de la sospecha del otro, que se sostuvo sobre la lógica del individualismo, de la fragmentación social, del valor absoluto de la mercancía y del consumo, ha sido tocado ahora por dos medidas diferentes pero que se entran allí donde queremos volver a recuperar una posibilidad cierta de dar una batalla cultural, política, social y económica. Porque no podemos pensarnos ni pensar la sociedad, la actualidad, el presente, si no somos capaces de cruzar y de mezclar estos territorios. Los medios de comunicación, las nuevas culturas del espectáculo, las nuevas formas de socialización, las nuevas formas a través de las cuales se vive en el interior de estos espacios, generan individuos, colectivos sociales, lenguajes, experiencias, que han mezclado de otro modo las cosas.

Por lo tanto, el desafío en ese sentido es mayúsculo, porque implica trabajar sobre una alquimia de otro orden. Una alquimia que tiene a lo simbólico, a lo cultural, a la construcción de subjetividad, de sentido común, de opinión pública como un referente clave y decisivo. Es muy difícil avanzar en un proyecto de transformación, en una lógica que tienda a recrear condiciones de distribución de la riqueza, recuperar tradiciones emancipatorias si, al mismo tiempo, no estamos a la altura de este desafío cultural clave de nuestro tiempo histórico. Que --reitero- no es sólo un desafío económico, un problema de distribución material de la riqueza. Es un problema más complejo.

Por eso, me parece que no está mal que uno empiece a prestar atención a ciertos datos de la percepción atmosférica, del aire de los tiempos. Así como hubo otros momentos en los que se respiraba inmundicia, ahora uno tiene la sensación de que algo otro está sucediendo. Incluso en las calles de los barrios donde vivimos, con el vecino, cuando tomamos el subte, cuando entramos al almacén, algo otro está sucediendo. Ese bloque brutal de un tiempo atrás parece que no tiene la densidad que tenía. Esto no significa que estemos en el mejor de los mundos posibles, ni que entremos a un momento extraordinario. Significa que hay algo que está resquebrajándose en ese discurso monocorde, absoluto, regresivo, salvaje que caracterizaba de una manera terminal aquello que estaba pasando en la Argentina. Algo les está sucediendo a las clases medias y, también, por supuesto, a los sectores populares. Algo está sucediendo, vinculado a esa percepción que muchos de nosotros seguramente hemos tenido en estos últimos tiempos, en estos últimos actos, en las experiencias cotidianas, que es un cierto entusiasmo. Hay un cierto entusiasmo, algo que vuelve a producir una palpitación, una emoción, una intensidad. La dictadura fue una herida brutal sobre cuerpos, sobre amigos, amigas, sobre los que ya no están. Irreparable. Pero también fue una herida que asoló el patrimonio de ideas, tradiciones, el mundo cultural, la sensibilidad, las biografías. Fue muy costoso atravesar

---

las décadas siguientes en un mundo que parecía haber perdido, de una vez y para siempre, la historia. Y ahora, y esto es lo que quizás muchos de nosotros volvemos a percibir, reaparece aquello que yo denominaría una “política de la emancipación”. Reaparece la posibilidad de capturar lenguajes, biografías, tradiciones, pero colocándolas en las nuevas políticas, en los nuevos lenguajes con los que las generaciones más jóvenes hoy miran el mundo. En la posibilidad cierta de que algo esté sucediendo en nuestro país y en América Latina.

Y este es el gran punto, el gran desafío. Son varios frentes al mismo tiempo, varias calles por las que hay que caminar casi simultáneamente. Tenemos que comprender que hay lodo, que hay mezcla, que los acontecimientos de la historia han llevado el barro hacia todos los lados; la política es un territorio de la mezcla, de la alquimia, de la complejidad, de la negociación, del deseo y de lo posible. Refundar la política es salirnos de la idea de que la política se reduce a un set televisivo, a una discusión alrededor de una cámara o una mesa redonda. La política sólo es posible si volvemos a la espesura del espacio público, a las calles, al debate, al cuerpo a cuerpo, a los rostros que se miran, a la recuperación del vínculo entre democracia, conflicto, política. Y es un desafío enorme de esta época. Recuperar la política en un sentido emancipatorio; recuperar la democracia de su propio vaciamiento. Y para ello debemos tener en claro que no hay democracia en abstracto; que la democracia es ese lugar donde se mezcla el derecho, el Estado, el conflicto, la igualdad y todo lo que podemos imaginar como lo diverso en el interior de una sociedad. Y se trata de una invención cotidiana, continua, permanente y en riesgo.

Hoy estamos de nuevo frente a un desafío enorme: recuperar la democracia atravesándola con las ideas de equidad, de igualdad, de fraternidad. Como diríamos quienes amamos a los Monteagudo, a los Castelli, a los Moreno, y nos mirábamos en el espejo de un San Martín o de un Bolívar, lo que sentimos es que ahora está volviendo a suceder en este continente maravilloso donde tuvimos la suerte de haber nacido, es que, inopinadamente, sin que tuviera que volver a pasar, volvió a suceder. Aquí estamos, estamos para discutir absolutamente todo. Sin dogmatismos, pero defendiendo memoria, tradiciones, biografías intelectuales... porque cada uno de nosotros, si somos algo, es porque dentro nuestro, en nuestras más profundas entrañas, tenemos todos esos libros que amamos leer, todos esos nombres propios que nos conmovieron en otro momento de nuestra vida, nuestros amigos, nuestras amigas, nuestros compañeros, nuestras compañeras, y la sensación de alegría de saber que la historia siempre es un lugar en el que hay una nueva oportunidad. Gracias.